

¿Qué futuro tiene el ecologismo?

Iñaki Bárcena¹¹

Para responder a esta pregunta tiene sentido a mi entender poner en relación los tres tiempos de la existencia. Esto es, somos porque otros han sido y otros y otras serán por mor de nuestra existencia misma. Dejando a un lado los asuntos de la fe, muy respetables por otro lado, podríamos decir que el futuro de algo o de alguien tiene bastante que ver con su presente y con su pasado. Puede que la causalidad y la predestinación en algunos casos existan pero no son norma.

De todos modos, como decía el historiador alemán M. Block, si nuestra falta de entendimiento del presente se debe al desconocimiento del pasado, entonces quizás sean baldíos nuestros intentos de atrapar y entender el pasado, sin un conocimiento concreto del presente (Introducción a la Historia, F.C.E, 1982).

Futuro, presente y pasado van concatenados. Preguntar al presente sobre nuestro pasado nos puede dar alguna luz para el futuro y así poder prepararnos a viajar en las difíciles aguas de lo desconocido.

Entendemos el ecologismo como la respuesta organizada frente a los problemas ambientales y sociales derivados del industrialismo generado por las dinámicas capitalistas de acumulación. Este pluriversal movimiento ha conseguido preocupar, polemizar y también originar cambios sociopolíticos importantes en las tres últimas décadas pero no ha conseguido frenar o reconducir los actuales modos de desarrollo insostenible. Recapacitar sobre su futuro nos lleva inevitablemente a interrogarnos sobre su pasado lejano y cercano y también sobre su presente actual.

¿Que futuro tiene la naturaleza?

John Muir, californiano de origen escocés, llevaba muchos años deambulando por las montañas de Sierra Nevada (EE UU) cuando, debido a la presión y al cabildeo —eso que los anglófonos llaman «lobbying»— de grupos y personas como él, llegó el decreto del presidente Lincoln en 1890, por el que se declaró Yosemite como el primer parque natural-estatal del mundo.

Este temprano defensor de la vida salvaje y de pueblos indígenas como los paiutes moradores de estos lugares, alarmado por los peligros potenciales y por los ya demostrados de la minería o de la industria maderera se enfrentó con su pluma y su voz a los «planes de desarrollo» de las montañas que separan los estados de California y Nevada.

El fue una de esas «raras» personas, maravilladas con el mundo natural que dieron los primeros pasos pioneros en defensa de lugares y procesos de vida que otros consideraban salvajes. Debido a semillas como la suya, vendrán después el Sierra Club o la Audubon Society, potentes organizaciones conservacionistas norteamericanas que con cientos de miles de socios y presupuestos económicos importantes se dedicarán

durante su siglo de existencia a defender los espacios naturales de las agresiones humanas, fundamentalmente en los tribunales.

A pesar de que estas organizaciones conservacionistas siempre han defendido su apolitización y la separación entre la vida natural y la vida social, hoy bien sabemos que esas separaciones son interesadas y que nuestro modelo de organización social y económico es el que ahoga la biodiversidad y subvierte las leyes naturales. También sabemos que aunque repetidamente se firmen protocolos y tratados, se redacten programas y leyes, la importancia que las cuestiones ecológicas tienen en la agenda de los políticos dista mucho de ser la que tenían para el escritor y cazador, aficionado naturalista y geólogo John Muir.

Un año después de su muerte en 1915 las autoridades de San Francisco empezaron a construir en pleno corazón de Yosemite el pantano de Hetch Hetchy para abastecer de agua potable la ciudad. Muir había perdido una importante batalla después de muerto, pero había dejado una herencia y un rastro imborrables.

Como muestra un botón. Medio siglo después la sociedad norteamericana se activaba de forma inusitada tras el movimiento ecologista en el Día de la Tierra, 22 de abril de 1970 (Christopher Manes, Green Rage, Back Bay Books, 1990). Millones de personas movilizadas y miles de actos en escuelas, universidades, centros sociales, ayuntamientos y calles marcó sin duda un cambio de discurso y de planteamiento en las relaciones entre la sociedad y la naturaleza. El Día de la Tierra se ha convertido en otra cita anual internacional del medio ambiente, empero la sociedad norteamericana sigue siendo la que «peores» relaciones mantiene con el planeta dado su despilfarrador modo de vida y su honda huella ecológica.

Estas cosas del pasado reciente y lejano nos plantean a un presente poco halagüeño. Tras el 11 de septiembre Bush jr. goza de un reforzado e internacionalmente legitimado estatus político para desoír las voces que se levantan ante la crisis ecológico-social. El que perdió frente a él las elecciones, el «ecologista» Gore le ha dado toda la cobertura necesaria y el apoyo del partido demócrata para la campaña militar en Afganistán. Los líderes políticos europeos que tanto han criticado su rechazo al Protocolo de Kyoto, no han dudado en colocarse tras él para legitimar su declaración de guerra. En este punto es cuando tiene sentido recordar la figura de Robert Nader, el tercer candidato en votos (tres millones) de las elecciones presidenciales norteamericanas. El demonizado abogado socio-ambiental rechazó la unidad con Al Gore por el vacío compromiso de este último con la causa ecologista. Los hechos cantan.

Los Bush con su arrogancia han tenido el despecho, en Río de Janeiro (1992) o en Kyoto (1997), de rechazar los acuerdos ambientales internacionales. Otros como Clinton y Gore han tenido buenas palabras y pocos hechos tangibles para enderezar el maltrato del «American way of Ufe» al planeta azul. Seguimos necesitando muchos Muir y Nader que hagan posible un cambio de rumbo en las sociedades opulentas. No es cuestión de abundar en el alarmismo catastrofista. Los datos cantan y los informes de la ONU son incontrovertibles. Si no se produce un cambio radical en el Norte, de nuestro modelo de vida, de producción y de consumo, Gaia, el planeta Tierra dejará por causas antropogénicas de tener buenas condiciones para la vida.

¿Nos espera un futuro de mayores riesgos y conflictos bélicos?

El accidente en el reactor IV de la central nuclear de Chernobyl el 26 de abril de 1986 cambió la vida de millones de personas. Muchos vivían a cientos o miles de kilómetros del Kniepper. Otros a tan sólo cien kilómetros en Kiev como es el caso de Andriey Glazovoy y Natalia Karpan, activistas de ese movimiento antinuclear y ecologista ucraniano de respuesta a esta tragedia nuclear producida por la estupidez humana. Sus dimensiones económicas y biológicas siguen aún sin evaluarse, ahora que está tan de moda la pretensión de evaluar las externalidades y deseconomías de las actividades industriales. A Andriey y a Natalia, les conocimos cuando pasaron a formar parte de ANPED (Alianza de los Pueblos del Norte para el Desarrollo y el Medio Ambiente) una nueva red internacional ecologista que participó activamente en la Cumbre de Río de Janeiro. Sus organizaciones Green Help y Mothers of Chernobyl son la traducción al inglés de lo poco que queda de aquel vasto movimiento social que se levanto frente al desastre nuclear. Zeleny Svit (Mundo Verde) fue por un lustro (1986-1991) la esperanza, la organización popular que con varios cientos de miles de miembros intentó representar al pueblo ucraniano devastado por la catástrofe nuclear. Con una mezcla de discurso ecologista y nacionalista antisoviético sus fuerzas se irán abajo cuando en 1991 desaparece la URSS y el enemigo moscovita se, desvanece. La depresión económica, la desbandada de sus líderes y dirigentes, la reorganización de un nuevo sistema político y económico adulterado por la mafia y la extorsión y el asesinato son las explicaciones que Andriey y Natalia nos daban en 1994, con ocasión de la Campaña «50 años bastan» en el Foro Internacional «Las otras voces del planeta», para entender la degeneración social y política de su país y sus propias organizaciones populares. Chernobyl fue sólo el comienzo. Sus secuelas aún seguirán presentes por décadas, empero, la debacle del socialismo real fue un factor multiplicador de aquella caja de Pandora y la situación ucraniana es extensible a una buena parte de las repúblicas soviéticas y del resto de países del socialismo real.

En los tiempos de la «perestroika» y la «glasnost» el movimiento ecologista fue, frente al estalinismo decadente, un elemento de activación y crítica social importante, una luz de futuro que permitía tirar por tierra los engaños y las falsas promesas del modelo burocrático. Ni la crisis ecológica era inherente «sólo» al capitalismo, ni la URSS y sus aliados tenían el remedio para los desequilibrios socio-ambientales (socialismo y partido) como adujeron los representantes de la URSS en la Conferencia de Estocolmo de 1972.

Y lo que es aún peor. La desaparición del bloque del Este, esto es, la desintegración de la URSS y del Tratado de Varsovia no ha traído consigo el prometido dividendo de la paz, la disminución del militarismo y de las guerras. Hoy, visto lo visto, a nadie le resultaría extraño ver bombardear una central nuclear. A esos extremos hemos llegado en la llamada sociedad del riesgo. A los peligros tecnológicos de nuestro sistema de producción y de consumo como las vacas locas, las dioxinas, los alimentos transgénicos y las radiaciones, hemos de añadir los inherentes a las dinámicas militaristas en ascenso.

El ecologismo del Este nos ha demostrado a las claras que no se debe separar lo natural de lo social. Que aún siendo distintos van intrínsecamente unidos y que la vida social depende en suma de los ecosistemas naturales. Su rápida transición del socialismo de plomo al neoliberalismo voraz les ha hecho colocar la justicia social y la salud de su gente y el derecho a la información como sus primeras reivindicaciones.

Siguiendo su ejemplo, en el futuro cercano el abanico de temas que el ecologismo tiene que atajar es impresionante. Aquel estereotipo de ecologismo conservacionista apolítico está en la obsolescencia.

El ecologismo del siglo XXI tiene que ver tanto o más que con la defensa de las especies y el entorno natural, con como cambiar a mejor la vida de la gente. Tiene que ver con la salud y la calidad de vida. Con las condiciones de trabajo y las formas de ocio. Con todos los debates y contradicciones que esto conlleva.

Y por eso tenemos aliados y opositores entre los cazadores y motoristas, entre montañeros y ciclistas, entre campesinos y empresarios. Porque los cambios a emprender van desde la moratoria de infraestructuras hasta la introducción de nuevas formas de dieta que aseguren una alimentación sana y soberana. Cada vez es más evidente la confluencia, todavía escasa con los sindicatos y organizaciones de trabajadores, con las personas y grupos que defienden la salud pública o quienes apuestan por el trueque y la economía local. Si el ecologismo siempre ha sido variopinto y multiforme hoy le surgen campos de acción y reflexión por doquier.

Una de las tareas de las organizaciones ecologistas es por consiguiente saber marcar un programa de prioridades y una política de alianzas adecuada con los tiempos.

¿Que hacer en el futuro ante la globalización neoliberal?

Una interesante respuesta a esta pregunta se la oí recientemente a Vandana Shiva en un congreso sobre los retos de la sociedad civil vasca. Frente a un eurócrata que defendía que la globalización es un fenómeno (¿natural?) como la marea, en el que los barcos con agujeros no flotan y hay que repararlos, ella le contestaba que los barcos de los pobres, aún siendo modestos no están averiados y han funcionado bien durante siglos. El problema está en que, a su entender la globalización capitalista más que con la marea habría que compararla con un ciclón que nos golpea a 350 km por hora.

Recurriendo a otra metáfora, puso el ejemplo de quién comparó a la globalización capitalista con la ley irrefutable de la gravedad, para a continuación compararla con una bicicleta que va en marcha, poco a poco pero inexorablemente. La ecofeminista india, apuntó que somos la gente quienes pedaleamos y damos movimiento al engranaje. Si dejamos de hacerlo se parará, dejará de moverse.

En la india saben mucho, por su propia experiencia anticolonial, de resistencia no-violenta y no-colaboración. Vandana Shiva se doctoró en física cuántica en Canadá en los años setenta y aprendió con el movimiento chipko, con las mujeres de Uttar Pradesh que abrazaban los árboles para defender la vida de sus comunidades, que el desarrollo que pretenden el Banco Mundial y sus adláteres es la perdición de los pueblos del Sur. Hay más de 50 años de experiencia para cerciorarse de ello.

Antes fue la denominada Revolución Verde que introdujo la mecanización y los insumos (desde el gasoil a los pesticidas, pasando por los fertilizantes) y desplazó a millones de campesinos del campo a la ciudad. Ahora son los TRÍP (derechos de propiedad intelectual también sobre la vida) y las biotecnologías, los cultivos transgénicos y los derechos sobre las semillas.

En repetidas ocasiones y en diversos foros internacionales la hemos escuchado decir que sostenibilidad y desarrollo no son términos de fácil matrimonio. La reciente historia del desarrollo económico occidental desde Bretton Woods (1944) es un periplo de saqueos y extorsiones por parte de las instituciones financieras «globales» a las economías locales. No es de extrañar que tras más de medio siglo escuchando el discurso del desarrollo y evidenciando sus consecuencias los y las campesinas en la India o en Brasil prefieran mirar a otro lado.

Pensando en su propio negocio y futuro gentes como Maurice Strong, presidente de la Cumbre de Río de Janeiro (1992) organizaron el Business Council for Sustainable Development, ya que resulta ser un marchamo competitivo. Hoy existe un índice Dow Jones Sustainability para marcar los valores bursátiles de las empresas líderes en el «desarrollo sostenible», aquellas que se ha dado cuenta del valor añadido que supone tener un escaparate ecologista con que reverdecer sus prácticas y productos.

La Cumbre de Johannesburgo está a la vuelta de la esquina y las «Estrategias para la Sostenibilidad» son una nueva huida hacia adelante de los gobiernos del Norte. Y si bien es cierto que aquí y ahora, gobernando Bush, Sharon y Putin, por poner sólo tres ejemplos el mundo se encuentra en una situación de grave peligro de guerra y confrontación donde los derechos humanos y nacionales toman el primer plano de la política internacional, tampoco debemos olvidar que el resto de los gobernantes no pueden jugar a meras comparsas.

¿O no hemos aprendido todavía la lección de Río de Janeiro? La llamada programática y mediática para el desarrollo sostenible ha resultado un gran fraude, si exceptuamos las interesantes experiencias de las Agendas 21 locales.

A pesar de la negativa de la administración norteamericana a firmar ningún compromiso, se produjo un reparto de papeles entre el Sur y el Norte. Mientras la biodiversidad era una tarea fundamentalmente del Sur, el Norte industrializado debía asumir sus compromisos con el cambio climático. Diez años después las distancias entre Sur y Norte siguen aumentando y las negociaciones internacionales para el clima parecen más un mercado de rebajas y de intercambio de valores y títulos para contaminar que un compromiso para frenar el cambio climático.

En Johannesburgo las Naciones Unidas volverán a repetirnos los consabidos diagnósticos y previsiones que auguran un porvenir desastroso si no actuamos con diligencia y dirán que es tarea de todos. ¿Y los compromisos?

Tras la experiencia de Río la tarea central del ecologismo internacional a corto plazo quizá sea la denuncia de la hipocresía ambiental. No se puede pensar que por coincidir públicamente en los análisis y en los diagnósticos el ecologismo puede ir de la mano y dar la razón a gobiernos y agentes económicos que siguen soñando en el mercado como único regulador de la vida social y el crecimiento económico como ley suprema para la solución de todos los males de la humanidad.

Eso sí, como dice la Unión Europea en su Estrategia de Sostenibilidad hay que desvincular crecimiento económico del aumento de la motorización y del transporte (¿cómo?) o hay que desacoplar el crecimiento económico de los daños al medio ambiente. ¿Y de los daños al resto del género humano?

Mientras que el único leitmotiv sea crecer económicamente, es difícil que nos cuestionemos cuánto y cuándo será suficiente, como se reparten los bienes de la producción y de que tiene que estar compuesto el pastel productivo y de que no.

En un futuro cercano, el ecologismo tendría que posicionarse frontalmente en contra no sólo de posiciones conservadoras y desarrollistas como las de Bush o Aznar, sino de otros discursos y prácticas moderadamente ecológicas como las de la UE, que a la postre mantienen el statu quo y se refugian en el «business as usual», por gozar de una posición privilegiada en este mundo tan dispar.

En el futuro pensar y actuar, global y local, irán juntos

Seattle marcó un impacto imborrable: Cómoda caída de las torres gemelas dos años después. Sabemos que no son sólo símbolos televisados, son eventos que aceleran y cambian la historia y el impacto de Seattle y la derrota de OMC no vino del cielo.

Paul Nicholson activista y sindicalista vasco estaba allí representando a EHNE, el sindicato de trabajadores del campo integrado en Vía Campesina. Por su experiencia junto otros sindicalistas vascos, antimilitaristas y ecologistas, con jóvenes y gentes de las ONG para el desarrollo colaboró en la puesta en marcha de Hemen eta Munduan (Aquí y en el Mundo) una nueva red de activistas que trata de enfrentarse a las dinámicas de la globalización neoliberal local y globalmente.

Estos nuevos pasos de los movimientos alternativos están demostrando que la historia no se había acabado tras la caída del muro de Berlín. Eso lo sabe muy bien Eduardo Galeano, que un año antes de la caída del muro de la vergüenza leía ante el público berlinés su aportación al Tribunal Permanente de los Pueblos: «Cuanto más pagan más deben; cuanto más reciben menos tienen; cuanto más venden menos cobran, necesitan cada vez más horas de trabajo para ganar cada vez menos, deben utilizar cada vez más productos propios para recibir cada vez menos productos ajenos». La historia continúa. La deuda social y ecológica aumenta y por eso la consigna del momento es: «El mundo no está en venta, no es una mercancía».

Frente a quienes aseguran que la mala globalización también tiene una hermana gemela buena, que se distingue por sus logros en información y comunicación, hay que objetarles que ese discurso sólo es válido para Occidente, para el Norte desarrollado, no es un discurso válido globalmente.

Por otro lado los agentes de la globalización no son sólo los emporios transnacionales de la producción y las finanzas. En cada lugar, las dinámicas de la globalización capitalista necesitan de gestores locales que pongan en marcha sus negocios. Políticos y empresas que cambien leyes y adecúen normas, que reorganicen la economía local para la llegada de los nuevos movimientos de capital. Nuevas infraestructuras, nuevas redes de comunicación y nuevos símbolos que avalen el progreso y el «desarrollo sostenible».

En Euskal Herria, como en cualquier otro lugar europeo las dinámicas de la globalización han traído en fila, uno tras otro, una multitud de proyectos de crecimiento económico. Trenes de alta velocidad y superpuertos, grandes superficies comerciales y parques temáticos, autopistas y centrales de producción energética, parques eólicos y plantas de tratamiento de residuos de todo tipo e incineradoras. El futuro así diseñado

hace negación de la voluntad de la gente, que se da siempre por supuesta. Se toma el territorio como trozo de un papel donde asentar sus megalómanos planes y se amenaza con relocalizar en otro lugar si se reciben quejas de los locales. Aún así, muchos de estos proyectos están recibiendo fuertes críticas de las poblaciones afectadas por el impacto, no por los supuestos beneficios.

Otra de las tareas del movimiento ecologista en futuro próximo es llegar a transformar ese cúmulo de fenómenos localistas (NIMBY/No in my back yard/No en mi patio trasero) en dinámicas globales (NOPE/No on Planet Earth/No en el planeta Tierra). Se nos ha quedado viejo aquello de «pensar globalmente y actuar localmente». Lo local y lo global van tan íntimamente ligados que debemos pensar y actuar local y globalmente.

Para ello se necesitan herramientas de acción y reflexión, locales y globales. Agrupamientos como Hemen eta Munduan son un buen ejemplo a seguir. Si bien es cierto que en la última década se ha dado un proceso de institucionalización y profesionalismo en las organizaciones ecologistas eso no ha traído consigo la integración en el discurso oficial, sino una adaptación a los nuevos tiempos y formas de acción social. Por otro lado la propia diversidad del ecologismo en la actualidad puede ser garantía de futuro. La combinación y complementariedad de pragmatismo y radicalidad está por demostrar, pero puede ser, más allá de sus contradicciones obvias, una característica de los nuevos tiempos. Esperemos que dé sus frutos.

Se recomienda leer

Manes, Chistopher (1990), Green Rage: Radical Environmental and the unmaking of civilization, Back Bay Books.

Monográfico (2001), Acción Global de los Pueblos, Eguzki irratia, Iruñea/Pamplona.

AA.W. (2001), Hacia un desarrollo rural sostenible, Cantabria, Asociación Cambalache/Ecos.

Balanya, Belén; Doherty, Ann et al. (2000), Europe Inc. Regional &. Global restructuring and the Rise of Corporate Power, Pluto press, Londres.

BovÉ, José y Dufour, Francois (2001), El mundo no es una mercancía. Conversaciones con Gilles Luneau, Icaria, Barcelona.

ShIva, Vandana (2001), Biopiratería. El saqueo de la naturaleza y el conocimiento, Icaria, Barcelona.

